



Fr. Iván Fernando Mejía O.P.

EL MANANTIAL DE LA ESPERANZA

EL ESTUDIO Y EL ANUNCIO DE LA BUENA NUEVA.

Timothy Radcliffe. El manantial de la esperanza.



Cuando Santo Domingo recorría el sur de Francia, su vida en peligro, solía cantar alegremente: “Estaba siempre alegre y feliz, excepto cuando se movía a compasión por las penas que afligían a su prójimo”.

Y esta alegría de Santo Domingo es inseparable de nuestra vocación de predicadores de la buena nueva. Estamos llamados a “dar razón de nuestra esperanza” (1 Pe 3,15).

Hay una crisis de esperanza en todo el mundo. ¿Cómo debemos vivir la alegría de Domingo siendo hombres de nuestro tiempo y compartiendo las crisis de nuestra gente y la fuerza y debilidad de nuestra cultura? ¿Cómo alimentar una esperanza profunda, fundados en la promesa inquebrantable de Dios que ofrece vida y felicidad para sus hijos.

El estudio es el camino hacia la santidad, que abre nuestros corazones y nuestras mentes a los demás, que crea comunidad y forma a los que proclaman llenos de confianza la venida del reino.

El estudio es en sí mismo un acto de esperanza, puesto que expresa nuestra confianza de que nuestra vida y los sufrimientos de la gente tienen un significado.





Y este significado es como un don, como una Palabra de esperanza que promete vida.

De igual modo nuestro estudio, la atención de la Palabra de Dios, debería ser brotar la fuente de nuestra fertilidad, debería llevarnos a hacer nacer a Cristo en nuestro mundo.

En un mundo que parece con frecuencia como fracasado y estéril, nosotros hacemos nacer a Cristo en un milagro de creatividad.

Donde quiera que se escucha la Palabra de Dios, ésta no habla sólo de esperanza sino de una esperanza que se hace carne y sangre en nuestras vidas y palabras.



El estudio nos hace mendicantes. Nos lleva al descubrimiento apasionante de que ignoramos lo que tal o tal texto significa, de que nos hemos convertido en ignorantes y necesitados, y que esperamos por eso con inteligente receptividad lo que se nos dé.

Nuestros monasterios deberían jugar un papel importante en la vida de estudio de la orden, como oasis de paz y lugares de reflexión atenta. El estudio en nuestros monasterios pertenece al ascetismo de la vida dominicana.

La esperanza que nos hace predicadores de la buena nueva no es un vago optimismo, una alegría sincera que sirva en la oscuridad. Es la fe en que al final podemos descubrir un cierto significado para nuestra vida, significado no impuesto sino que está ahí, esperando que lo descubramos.

Nuestros centros de estudio son escuelas de alegría porque se basan en la creencia de que es posible llegar a un cierto entendimiento de nuestro mundo y de nuestra vida.

Estudiar debería formar simplemente parte de la alegría de estar plenamente vivos. La verdad es el aire que respiramos por naturaleza.

Estudiar es una acción eucarística. Abrimos nuestras manos para recibir los dones de la tradición, rica en conocimiento.





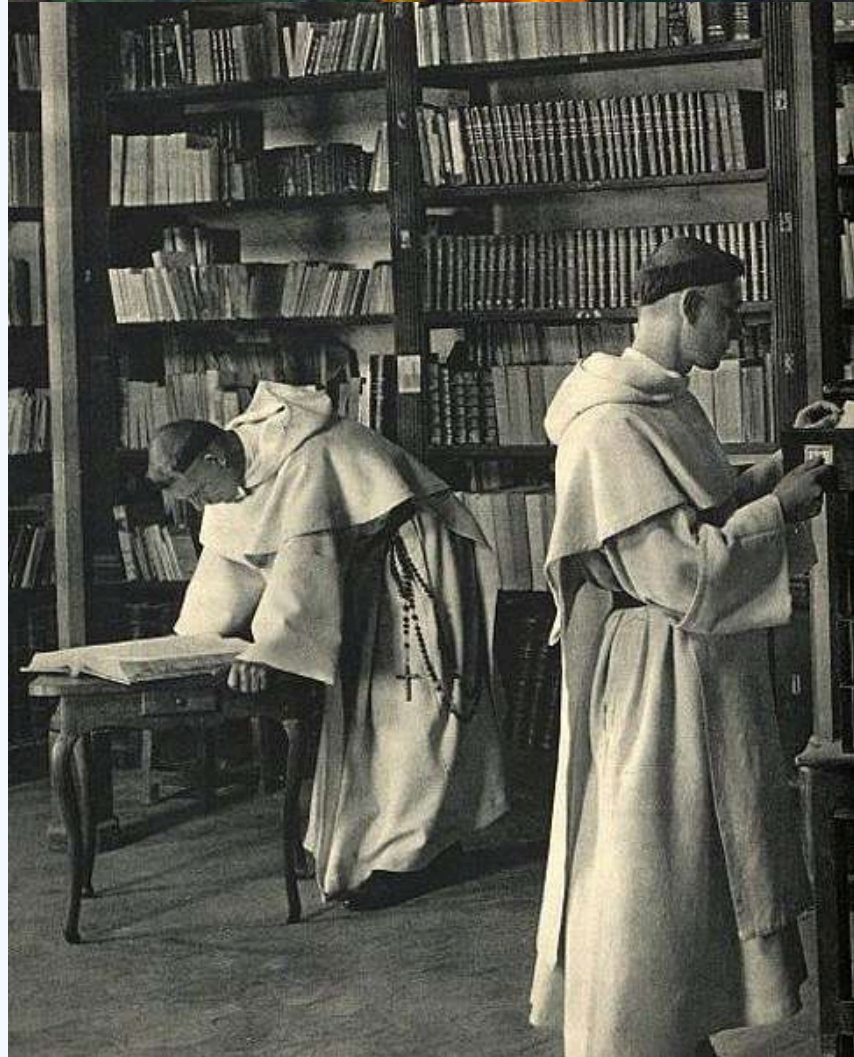
Pero la enseñanza debería liberarnos de los estrechos confines de mi experiencia y de mis prejuicios y desplegar los amplios espacios abiertos de una verdad que nadie puede dominar.

La doctrina no debería adoctrinar sino liberarnos para seguir nuestro camino.

Nunca podremos hacer buena teología a menos que tengamos la humildad y la valentía de prestar atención y tomar en serio argumentos de aquellos con los que no estamos de acuerdo.

Tenemos que dejar de lado las certezas que descartan las verdades incómodas, considerar las dos partes del argumento, plantear cuestiones que quizá puedan asustarnos.

Santo Tomás fue el hombre de las preguntas, que aprendió a tomar en serio todas las cuestiones, por muy absurdas que éstas pudieran parecer.



Nuestros centros de estudio son escuelas de esperanza. Cuando nos reunimos para estudiar, nuestra comunidad es una santa predicación.

El mundo que ha perdido su confianza en el valor de la razón, da testimonio de que es posible buscar en común la verdad.

◀.....▶
Deberíamos aprender a confiar los unos en los otros como colegas en el diálogo y compañeros en la aventura.

La humanidad tiene tendencia a construir falsos dioses y adorarlos. El éxodo de esa idolatría requiere de nosotros un arduo recorrido de nuestra manera de pensar y de vivir.

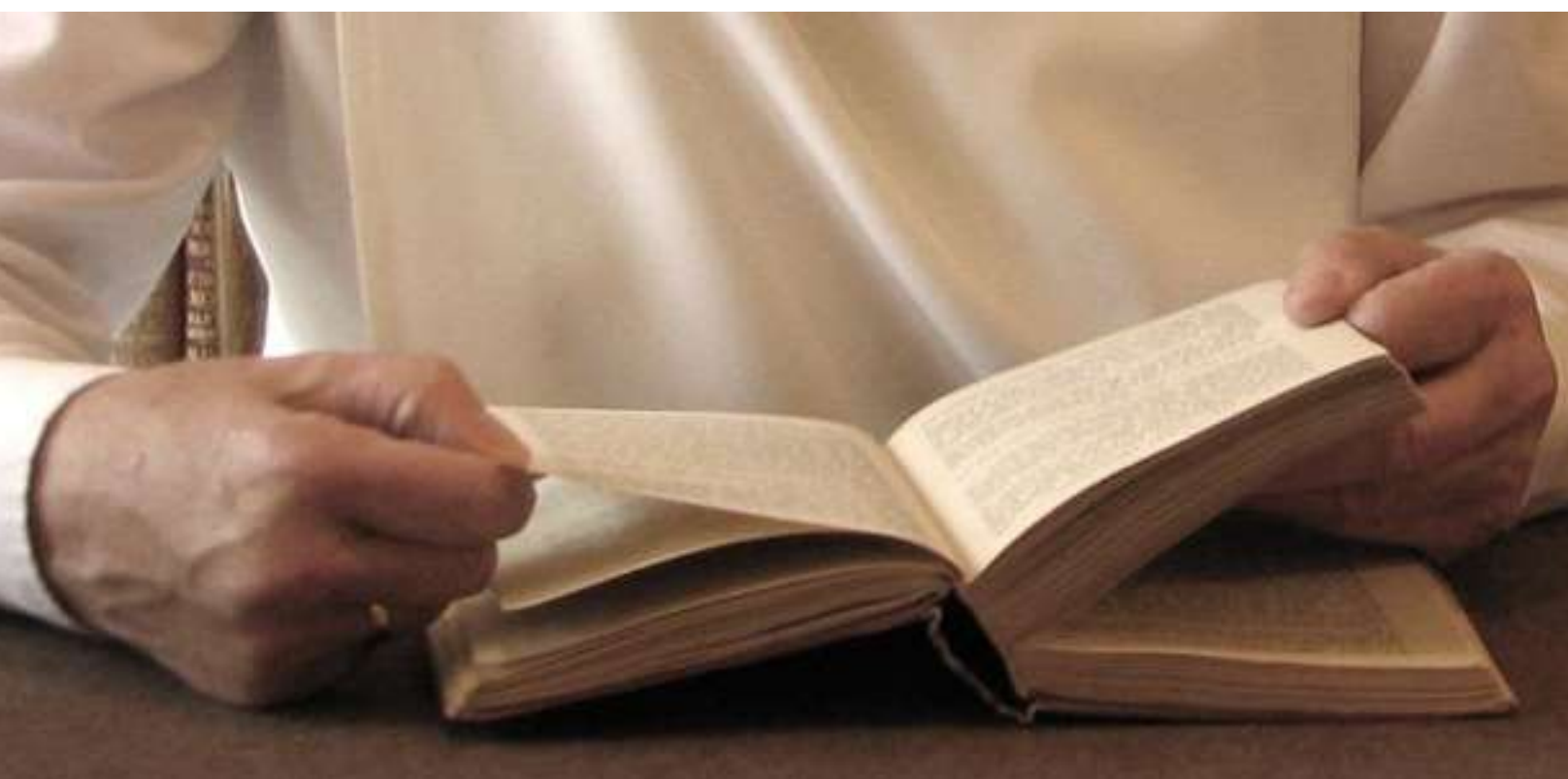
◀.....▶
No basta con sentarse a escuchar la Palabra de Dios. Debemos quebrar el peso de esas falsas imágenes de Dios que nos tienen cautivos y obturan nuestros oídos.





La finalidad última de la disciplina intelectual en nuestro estudio consiste en llevarnos a ese momento de conversión, a la destrucción de nuestras falsas imágenes de Dios para poder acercarnos al misterio.

El teólogo debe ser un mendigo que sabe cómo recibir los dones gratuitos de Dios.



Nuestros centros de estudios deberían ser lugares donde nos liberamos de esta visión reductiva del mundo y donde aprendemos de nuevo a maravillarnos agradecidos por los bienes gratuitos de Dios.

Mediante el estudio, intentando comprender las cosas y comprendernos los unos a los otros, recobramos el sentido de admiración ante el milagro de la creación.

La verdad nos hace verdaderamente libres. Esta liberación intelectual va de la mano con la libertad real de la pobreza.

Como Domingo y Tomás, tenemos que convertirnos en mendicantes que reciben los bienes gratuitos de Dios”
“El voto de pobreza y la cercanía a los pobres es el contexto dominicano peculiar en el que debemos estudiar.

El voto de pobreza y la cercanía a los pobres es el contexto dominicano peculiar en el que debemos estudiar





Tenemos que estar presentes en esas otras culturas, no sólo para inculturizar el Evangelio allí sino para que ellas puedan ayudarnos a comprender el misterio de la creación y de Dios dador de todo bien.

El objetivo de nuestro estudio no consiste simplemente en ofrecer información sino en hacer nacer a Cristo en nuestro mundo.

El test de nuestro estudio no está tanto en estar bien informados cuanto en ser fértiles. Nuestro estudio debería prepararnos para las sorpresas.

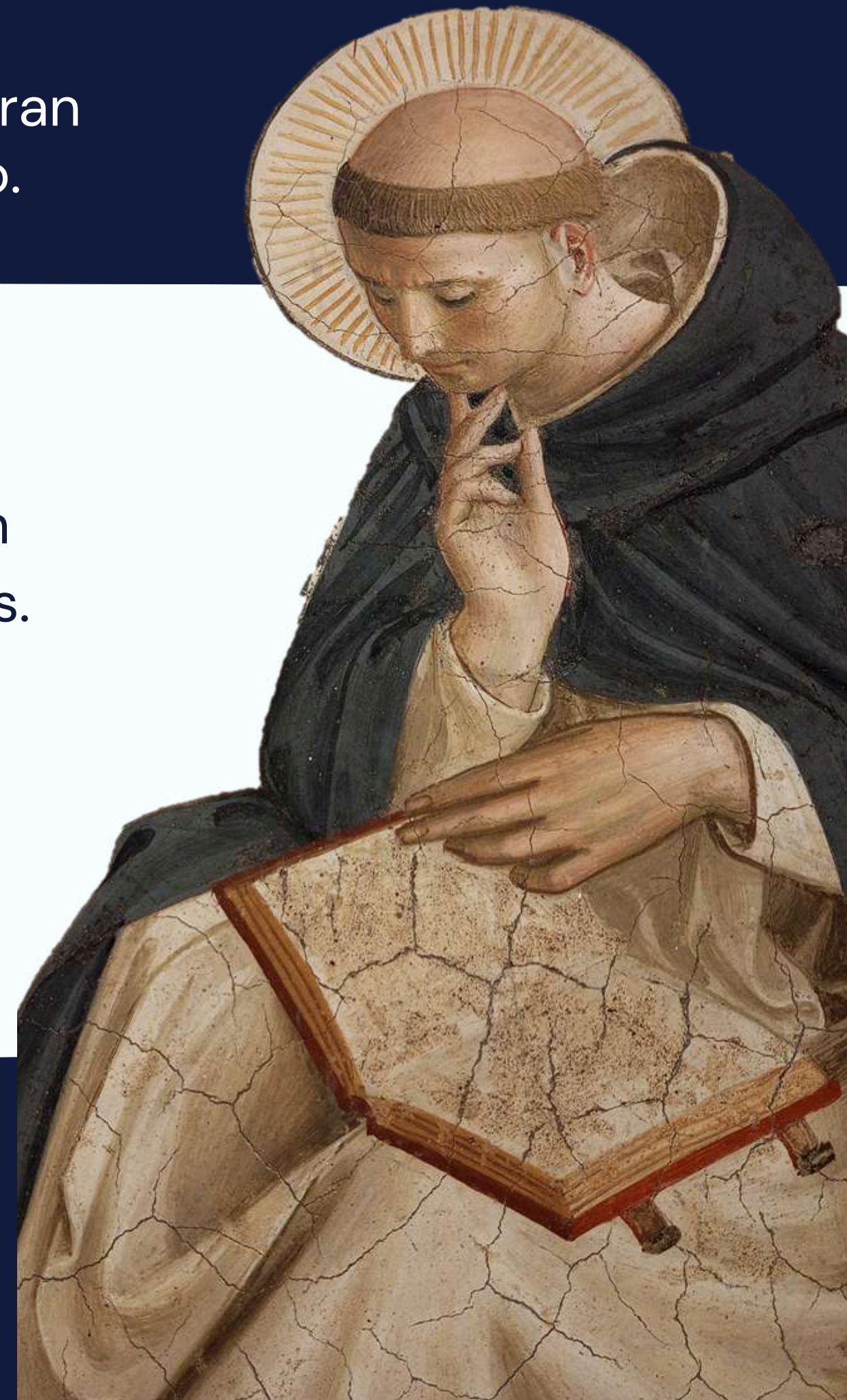
El estudio no puede reducirse a un entrenamiento de la mente; es la transformación del corazón.

El estudio nos enseña, pues, la ternura; Santo Tomás fue un gran teólogo precisamente porque tenía un corazón bondadoso.

La disciplina del estudio transforma el corazón humano. Nos brinda la ardua disciplina de permanecer en nuestra celda en silencio, tratando de entender, cuando deseáramos evadirnos.

El estudio no sólo debe abrir nuestro corazón al otro sino introducirnos en una comunidad.

Estudiar es entrar en conversación con nuestros propios hermanos y hermanas y con otros seres humanos en nuestra búsqueda de la verdad que nos hará libres.



Hay buena teología cuando, por ejemplo, el sabio exégeta de la escritura ayuda al hermano comprometido en el trabajo pastoral a comprender su experiencia, y cuando el hermano con experiencia pastoral ayuda al exégeta a comprender la Palabra de Dios.

La recuperación de nuestra tradición teológica exige no sólo que preparemos a más hermanos en las diversas disciplinas sino que hagamos teología juntos.

Hasta que no construyamos nuestras provincias como comunidades teológicas, nuestros estudios pueden resultar estériles y nuestro trabajo pastoral superficial.



Necesitamos grandes facultades teológicas y bibliotecas. Pero también necesitamos centros donde se haga teología en otros contextos, con los que luchan por la justicia, en diálogo con otras religiones, en barriadas pobres y en hospitales.

Especialmente en este momento en la vida de la Iglesia, el verdadero estudio implica la construcción de comunidad entre mujeres y hombres.

Una teología desarrollada solamente a partir de la experiencia masculina cojeará de una pierna, respirará con un solo pulmón.

Por esto necesitamos hoy hacer teología con la familia Dominicana, escuchando cada uno las intuiciones del otro, haciendo una teología que sea verdaderamente humana.

Uno de los modos de hacer y de hacer comunidad juntos es a través de las palabras que intercambiamos mutuamente.

Como servidores de la Palabra de Dios, deberíamos ser profundamente conscientes de la fuerza de nuestras palabras, fuerza que puede curar o herir, construir o destruir.





Dios pronunció la palabra y el mundo comenzó a existir y ahora Dios pronuncia la palabra que es su Hijo, y somos redimidos.

En toda nuestra educación y estudio debería ocupar el lugar central una profunda reverencia por el lenguaje, una sensibilidad sobre lo que decimos a nuestros hermanos y hermanas.

Con estas palabras podemos ocasionar resurrección o crucifixión y las palabras que pronunciamos se recuerdan frecuentemente, se conservan en el corazón de nuestros hermanos que reflexionan sobre ellas, vuelven a ellas durante años, para bien o para mal.



Nuestro estudio debería educarnos en la responsabilidad con respecto a las palabras que usamos. Responsabilidad en el sentido de lo que decimos responda a la verdad, corresponda a la realidad.

Pero tenemos también la responsabilidad de decir palabras constructoras de comunidad, que eduquen a los demás, que curen las heridas y den vida.

La tentación de nuestra generación puede ser la de resignarnos ante los sufrimientos e injusticias de este tiempo y cesar de anhelar un mundo nuevo. Pero nosotros, predicadores, debemos ser los guardianes de la esperanza.

Nuestro estudio nos prepara para proclamar la palabra liberadora. Esto lo hace enseñándonos la compasión, mostrando que Dios está presente incluso en medio del sufrimiento y que es ahí donde debemos forjar nuestra teología.

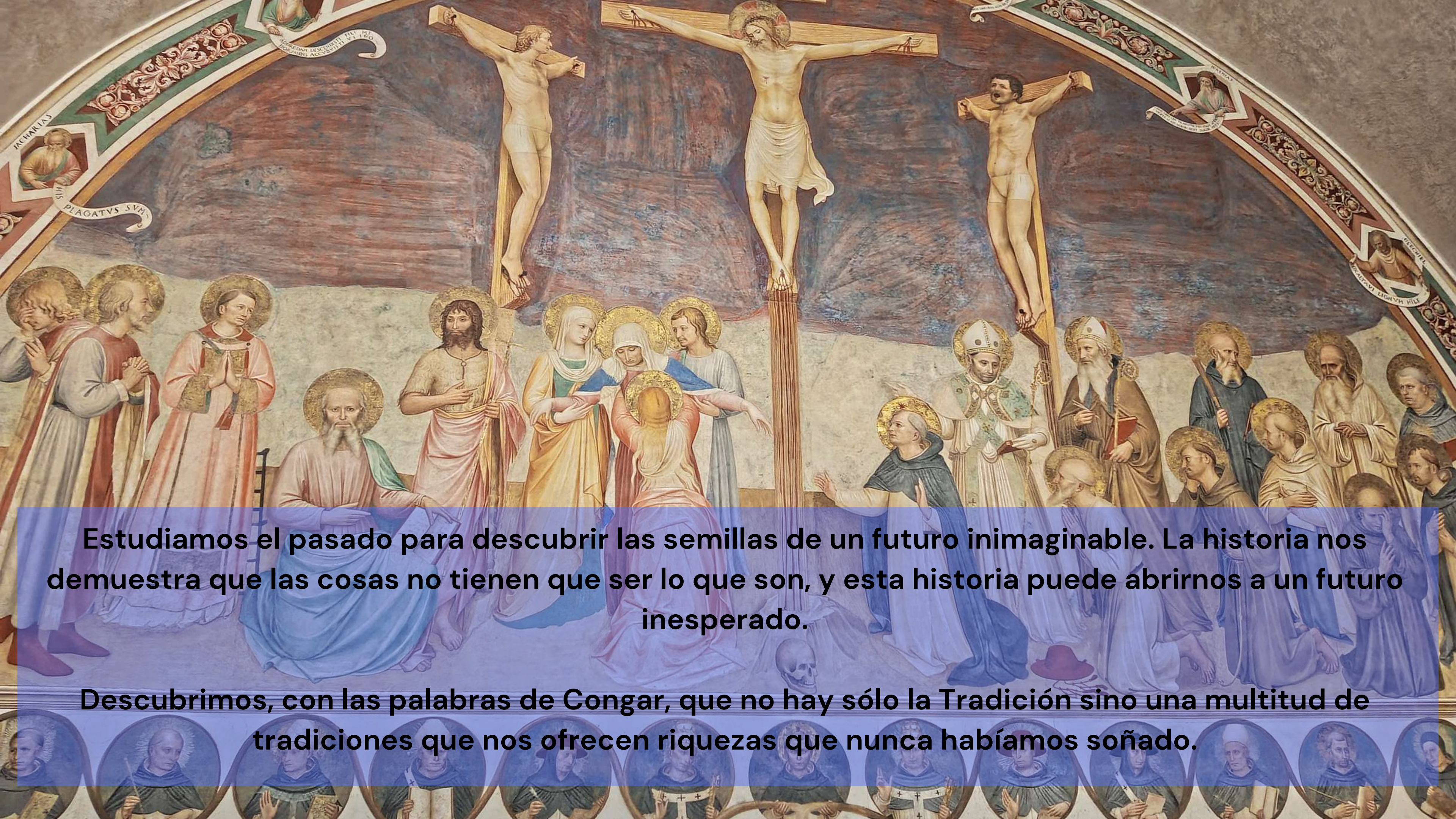
Montesinos invitaba a sus contemporáneos a que abrieran los ojos y miraran al mundo de manera diferente.

Para captar la realidad no basta la compasión. Se necesita un estudio arduo para ver a través de las falsas mitologías de los conquistadores, y esa fue la fuente de la actitud profética de Las Casas.



Si queremos resistir a la tentación de los clichés fáciles, necesitamos hermanos y hermanas formados en análisis científicos, sociales, políticos y económicos.

La construcción de una sociedad justa no requiere sólo una equitativa distribución de la riqueza. Necesitamos construir una sociedad en la que todos podamos desarrollarnos como seres humanos.



Estudiamos el pasado para descubrir las semillas de un futuro inimaginable. La historia nos demuestra que las cosas no tienen que ser lo que son, y esta historia puede abrirnos a un futuro inesperado.

Descubrimos, con las palabras de Congar, que no hay sólo la Tradición sino una multitud de tradiciones que nos ofrecen riquezas que nunca habíamos soñado.



La historia nos introduce en una comunidad más amplia que la actual. Debemos aprender a contar la historia desde otros puntos de vista, desde los pequeños y olvidados, y esta historia nos liberará.

Por eso recordar es un acto religioso, el acto religioso primordial de las tradiciones judía y cristiana. Cuando nos reunimos para orar, recordamos las maravillas que Dios ha hecho (Sal 105,5).

Santo Domingo caminaba por el campo cantando, no precisamente porque era valiente ni porque era de temperamento alegre. Años de estudio le habían dado un corazón formado para esperar. Estudiemos para poder compartir su alegría.

MUCHAS GRACIAS

Fuente: Timothy Radcliffe . El manantial de la esperanza. El Estudio y el Anuncio de la Buena Nueva. En. Alabar, Bendecir, Predicar. Palabras de gracia y verdad (1962-2001), pp. 555. Editorial San Esteban-Salamanca.

